

Epílogo

Orland Albornoz

Los *sholars* son, por su propia naturaleza, animales errantes. Han aprendido en los libros, en manuscritos y documentos de todo género, pero, han ido también a enfrentarse a la experiencia, como lo siguen haciendo desde que conocemos el mundo civilizado. Creadas las universidades, como demuestra Walter Rüegg, editor de la monumental *A History of the University in Europe* (Cambridge University, 1992), en el capítulo Themes (primer volumen), el “saber ha sido siempre una empresa errante”. Desde entonces se ha creado una república del saber que no tiene otro asiento que la propia curiosidad intelectual y académica. Las naciones han sido creadas y recreadas y al margen de ellas, se ha mantenido una comunidad académica universal, creando y enriqueciendo el saber universal, por encima de cualquier consideración de frontera nacional, etnia, estado civil, u otra. En el umbral del siglo XXI esa comunidad se asienta en forma inesperada y crece en forma exponencial con el espectacular avance de la comunidad electrónica. Luhmann, en su teoría de los sistemas sociales, mantiene que la sociedad es un sistema autorreferente y autopoético que se compone de comunicaciones, una sensación de verdad “operativa” que tenemos los académicos de la época en que vivimos, cuando las distancias y las fronteras han desaparecido gracias al simple clic de una tecla. La gran reforma académica universal, una vez más, ha venido de fuera de la academia, esta vez en la persona del norteamericano Bill Gates (antes fue en la de Guttenberg).

El libro escrito por Humberto Ruiz Calderón, *Tras el fuego de Prometeo. Becas en el exterior y modernización en Venezuela (1900-1996)*, es un riguroso intento por reconstruir, a lo largo del siglo, los caminos que han transitado los hombres que han buscado el saber más allá de nuestras fronteras. Unas veces por sus propios medios, otros ayudados por el Estado; en algunas oportunidades como un instrumento de camino hacia el destierro, otras como premios y, probablemente en otras oportunidades, incluso como castigo. (Recordaré siempre a un compañero de estudios, oriental de origen y víctima de su celo revolucionario pues murió en una escaramuza guerrillera una vez regresado de Londres. Lo recuerdo en aquella ciudad, donde vivió por un tiempo, sin ir a la universidad donde debía cursar estudios, simplemente encerrado en un frío dormitorio cualquiera, añorando la patria buena, tratando de cocinar el condumio criollo y repitiendo incesante unos discos de la antigua y famosa orquesta Billo's Caracas Boys).

Cuando Europa expandió su mundo, los navíos de la Ilustración -así como aquellos de la crueldad- arribaron a nuestras costas y desde entonces ha existido un flujo y reflujo de las ideas, de los hombres, buscando unos y otros el saber y su aplicación. Santander, el hombre de las leyes, creía en el saber entendido como postura positivista. Tenía fe en cómo misiones de científicos europeos podían ayudar a la naciente república en su incipiente desarrollo, así como utilizar ese

saber para luchar contra el oscurantismo clerical. En ese sentido, el libro de Humberto Ruiz coloca el asunto en su apropiada perspectiva histórica pues ese tránsito que -allende los mares- ha buscado cultivar el saber y modernizar el pensamiento, no es consecuencia de una mano divina que concibió la idea de la nada sino la consecuencia de una tradición histórica, larga y señera.

Ciertamente que el número y destino de los becarios ha cambiado con los años. Como también se han modificado la motivación y el interés, pero en todos los casos se observa en el proceso la presencia de los mecanismos de centralización de saber y la atracción que despiertan en todo el mundo. Hoy ese epicentro se halla en Estados Unidos, en cuyos maravillosos templos del saber, los errantes de hoy, como aquellos de la edad media, son los núcleos de la construcción de las ideas y de sus aplicaciones. El inglés es hoy lengua franca como ayer el latín, y los medios de comunicación adoptan los paradigmas teóricos y metodológicos de las ciencias y de las tecnologías que se producen en la metrópoli. Todo ese proceso no es gratuito ni neutro. Por el contrario, asume características de un nuevo imperialismo que así como antes se contentaba con transferir recursos materiales a cambio de materia prima, hoy en día recluta talento creando cuerpos y anticuerpos para los vínculos que en su oportunidad fomentarán el *American way of life*. Por ello Estados Unidos dedica a estos propósitos las aparentes neutras agencias que no sólo atraen talentos sino, igualmente, capital de la servidumbre.

En efecto, la lectura del libro escrito por Humberto Ruiz Calderón demuestra cómo la relación de Venezuela ha sido siempre una dependencia metropolitana, antes con respecto a Europa, ahora con respecto a Estados Unidos. Incluso cuando se crea el plan de Becas Gran Mariscal de Ayacucho nunca se pensó en los contactos sur-sur, a pesar de que quien en su momento creó esa ventolera de la expansión hacia el exterior de nuestro “pichones de sholars” se hacía llamar líder del tercer mundo.

Mi experiencia en las universidades de Asia y de África me ha enseñado cuán improbables serán esos contactos. Por varias razones. La más importante es porque en esos países no han diseñado sistemas educativos internacionalizados sino dependientes de ese mundo del desarrollo. Obsérvese que el sistema universitario venezolano es un sistema para sus nativos, con escasos estudiantes extranjeros en su nómina estudiantil y escaso número de sholars enseñando en sus aulas y laboratorios. Puedo recordar, por ejemplo, dos becas que en la Universidad de Bangalore obtuve en una oportunidad para dos estudiantes venezolanos, sin que a ninguno le interesase; becas en el área de agricultura, que probablemente hubiesen sido de enorme utilidad en la época.

Por ello, dentro de las paradojas del desarrollo hallamos los casos extremos de quienes han importado en el paquete adquirido la famosa limpiadora de nieve enterrada en el sótano de un hospital de Maracaibo, o del estudiante que fue a Dinamarca a estudiar producción lechera.

Ideológicamente hablando los programas de becas en el país han sido elaborados con sentido democrático y a menudo con un elevado espíritu populista, pero a la larga los sectores de altos ingresos han logrado cooptar los recursos para sus propios objetivos, últimamente en algo que pudiera denominarse ya no una "meritocracia" sino un intento por una "talentocracia" mediante el cual debe ser premiados los "talentosos", escogidos y seleccionados de manera tal que los talentosos resultan ser aquellos estudiantes de escala de ingreso familiar más alta, procesos de selección a menudo corrompidos en las prácticas sociales del abuso y de las preferencias, base de los privilegios que caracterizan el manejo del poder en nuestra sociedad. De estos planes han quedado fuera los estudiantes pobres, de origen africano e indígena, pues ha sido la "mayoría blanca", étnicamente y en sentido figurado, la que ha logrado cooptar los recursos disponibles. Ahora bien, incluso cuando los estudiantes de origen popular han logrado adquirir las credenciales académicas del más alto nivel, han sido rápidamente captados por las empresas privadas que son las que más se han beneficiado con estos programas de becas, dirigidos a veces en forma aristocrática, no obstante o por ello mismo en forma sumamente afectiva, en la forma decadente del caso.

Todas las sociedades modernas organizan planes para el tránsito de *scholars* y las modalidades de los mismos varían según las circunstancias. El valor relativo de la moneda local en relación con el dólar americano es una variable común, puesto que los países de menores niveles de ingreso tienen, por supuesto, menor capacidad para enviar estudiantes a los países metropolitanos. La distancia del país de origen de los centros metropolitanos, influyen en el volumen y sobre todo en la permanencia de los estudiantes en el país sede. Los que proceden de la India, por ejemplo, cuando estudian en Inglaterra suelen hacer un solo viaje, inicio y fin de estudios. En otro sentido, lo que pudiéramos denominar el nivel del factor nacionalismo también afecta la forma de asociación entre el país sede y el de origen. Japón, por ejemplo, ha desarrollado una estrategia interesante, la cual es adquirir mediante financiamiento favorable para la institución sede, el uso y usufructo de cátedras, laboratorios, institutos de investigación y hasta unidades escolares en los países avanzados. Tengo la impresión de que en el caso venezolano los estudios en el exterior se han considerado, al menos hasta hace unos pocos años, una relación que les permitía a los estudiantes regresar al país en varias oportunidades durante el lapso de estudios, aun cuando ello debe de haberse modificado habida cuenta de la recesión económica, cuyo impacto en el valor de la moneda norteamericana ha sido importante.

La poderosa atracción que tienen los venezolanos, como el resto de América Latina y el Caribe, por estudiar y vivir en los países metropolitanos, especialmente en Estados Unidos, probablemente ha incidido en que nuestra escolaridad de nivel superior sea de relativa baja calidad, caso en el cual los estudiantes procuran seguir estudios y obtener credenciales en EEUU. Las unidades escolares del país, de docencia y de investigación, operan aisladas, sin haberse integrado en un solo proyecto, pues son eso, solamente un conjunto, relativamente anarquizado de instituciones. Cabe señalar que Venezuela optó por masificar el envío de estudiantes al exterior paso que, positivo como fue, tuvo un costo muy elevado,

por la relativa desorganización y celeridad con la cual se procedió, pero del mismo modo tuvo un efecto dañino para el propio mejoramiento de esa escolaridad superior en el país. Se han podido tomar otras opciones, como por ejemplo la incorporación de docentes e investigadores en nuestras instituciones, pero éste es un planteamiento poco atractivo para los venezolanos, y cuando han venido a nuestras instituciones docentes e investigadores foráneos ha sido, generalmente, por razones de inmigración a causa de problemas económicos y/o políticos en el país de origen. Especies de golondrinas académicas, que han retornado a sus países cuando las circunstancias se lo han permitido. Golondrinas académicas pueden llamarse, también, todos aquellos venezolanos que han ido a estudiar al exterior sin haber obtenido credenciales del género; de hecho, el estilo de vida de la sociedad venezolana permite que baste que alguien diga serlo para creérselo, caso en el cual, como se sabe, el uso indiscriminado del título de doctor no despierta ninguna sorpresa.

Debe acotarse, como una cuestión esencial en la vida universitaria del país, como bien lo señala el Dr. Ruiz Calderón, que nuestra academia opera con interrupciones que lesionan el principio de continuidad que es menester en el desarrollo del saber. En efecto, la primera universidad del país estuvo cerrada durante una década, a principios de siglo, y aún en los años recientes ocurren numerosos paros, huelgas y suspensiones de actividades, todo lo cual redundando en desconfianza y falta de prestigio de las instituciones que operan en el país con el apoyo del capital privado y las instituciones foráneas. Por ello no es de extrañar que la inmensa mayoría de estudiantes, docentes e investigadores aspiren viajar al exterior a cursar estudios, los cuales proporcionan en el menor de los casos el conocimiento del idioma inglés, en el caso de Estados Unidos, y la aproximación a un mundo mejor que, por lo demás, nos negamos a crear en el país.

Ruiz Calderón destaca un punto esencial en el análisis de la formación de venezolanos en el exterior: el hecho de que esa gestión haya sido una actividad realizada con financiamiento del Estado. En efecto, a pesar de todas las aseveraciones que se hacen en contra del papel del Estado, es evidente de suyo que en el área de la formación de los recursos humanos que el país ha requerido ello ha sido posible gracias a la imaginación, interés y financiamiento del Estado venezolano.

En lo personal me siento sumamente honrado por haberseme permitido escribir este epílogo. Estimo que el libro de Humberto Ruiz Calderón es una contribución de primera calidad a nuestra literatura científica. Elaborado con rigor y meticulosidad compromete a su autor pero, sobre todo, contribuye para que nuestra comunidad académica, a veces demasiado suelta en estos menesteres de la severidad intelectual, halle un modelo interesante, caso en el cual su metodología será útil para nuestros estudiantes de nivel avanzado.